

Seix Barral LOS TRES MUNDOS



**Pere Gimferrer**

Interludio azul



## Índice

Portada  
Dedicatoria  
Cita  
Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII  
Nota  
Créditos

*Para Cuca, el amor de mi vida.*

*My dear, these things are life.*

MEREDITH

I

¿Qué espero, en la campana de luz dorada y blanca de esta tarde de invierno, en este bar de hotel de un ajado lujo *old fashion*, como para rodar de nuevo *Death in Venice* o para que vuelva a suceder lo que no sucedió acaso en Marienbad? Sí, bajo aquel reloj de péndulo desayuné en 1967 con Carlos Fuentes, y desde aquella butaca vi pasar con Octavio Paz el «papamóvil» en 1982. Pero hoy espero a una mujer rubia. Esta mujer no está hecha de sus imágenes prismáticas superpuestas. No es aquella belleza de una cabellera tenue que se me apareció por primera vez en contraluz ante el lienzo aún blanco de la pantalla, en el Palacio de Congresos de Montjuïc, ni es aquella voz insuperada, que une la inteligencia vivacísima al arte supremo del coqueteo verbal, ni es aquella risa clara y dilapidada (como en el verso de Rubén «¡Y es crüel y eterna su risa de oro!»); ni es aquel desnudo precisamente dorado que pasa muy lejos en mi memoria o que creo apresar todavía suave, ni es aquella pericia erótica instintiva para explorar y dominar — con suavidad y con dureza a la vez, como un dardo o como una clavellina— las zonas ambiguas de la sexualidad masculina, ni es aquella claridad de aquelarre de la noche de fin de año de 1969, en aquella Barcelona ciudad Potemkin (no «acorazado Potemkin») que algunos (unos pocos quizá, pero los suficientes) nos supimos fingir —leyendo a altas horas de la madrugada la poesía Tang traducida al italiano por M. Benedikter—, ni es aquel álbum del *Macbeth* de Verdi comprado con la calderilla sobrante del estipendio que le di para que pudiera reunirse con su amante bisexual; todas éstas, sí, y muchas más —en aquel palacio, museo de la hidalguía como en una novela de Ricardo León, con las apariciones súbitas, como cuerpos astrales en la penumbra espiritista, de dos cuadros de Tàpies y uno de Canaletto, cuando ella pasaba a desmaquillarse y luego hablábamos hora tras hora por su línea telefónica individual, la que le pusieron para hablar conmigo; «la sensación de hablar y oír hablar», como en el poema de Jaime Gil de Biedma—; no

es aquella muchacha de la primavera o el invierno de 1969 en aquella ciudad aventada bajo la caperuza del frío, pero es indudablemente —aquellos ojos «cuyo color nunca supe», como en el poema de Machado, aquella boca decidora, aquel metal de voz: ¡estos ojos, esta boca, esta voz!— la misma muchacha, la que, como desvelada por una súbita ráfaga de viento, me acompañaba hace poco más de un año a la visión hitchcockiana del hueco de la escalera del edificio Planeta, con paso firme, decidida, entregada y ciega, confiando plenamente en mí y a la vez como imantada, pese a sufrir ella misma real vértigo, por una meta invisible y evidente: ella, la que se ha construido y constituido por una sucesión de actos de valentía, de autoafirmación, de orgullo y de rebeldía a la vez; verdaderamente, *the pursuit of happiness*, como en el tiempo mítico de Washington y Jefferson, o también, como en las antiguas palabras de Heráclito (y luego de Nietzsche), el carácter de cada cual es su destino (o su demonio), hasta convertirse así del todo en la que en 1969 se esbozaba en ella, mediante una inmensa energía intelectual.

*Crossed swords*: como en el viejo film crepuscular de capa y espada con Errol Flynn y Gina Lollobrigida, dirigido por el oscuro Milton Krims, esta mujer rubia y yo hemos mantenido durante treinta y cuatro años una esgrima elegante y trágica de encuentros esbozados en zigzag, donde cada momento de la vida del uno no encajaba con el momento de la vida del otro, a la inversa de lo que ocurrió en 1969, y a la inversa de lo que ha ocurrido cuando ahora nos hemos puesto a hablar nuevamente por teléfono para concertar la cita: cada palabra daba en el blanco. La llamaré C.

Yo he llegado antes de la hora fijada; C. también, muy poco después de mí; ambos, con más de quince minutos de antelación. Mientras se acercaba, veía el arrebol en sus mejillas; luego, lo dominan todo estos grandes ojos, que yo creo azules, pese a ser, como los míos, pardo-verdosos, y esta boca, y nuevamente esta voz. Aunque sin duda he in-

terpretado bien la verdadera frase principal, en apariencia neutra y de afecto cortés nada más, de la breve nota que, me dirá luego, le llevó un cuarto de hora redactar, ella se cree tal vez en el caso de mantener una conversación que empiece con la pregunta «¿Cómo estás?» Muy pocos minutos la proseguiré: de lo vivido por mí y en mí no deseo hablar ahora; no hay, particularmente, nada doloroso que desee evocar aquí. Treinta y cuatro años de historia interrumpida significan, hoy lo veo, una suspensión, no un desenlace. Nuevamente en palabras de Heráclito: el tiempo es un niño que juega con los dados; su reino es el de un niño.

C. tal vez está sorprendida, pero no sería propio de ella el demostrármelo; me sostendrá la mirada durante tres horas y cuarto sin interrupción, y sólo una vez —cuando digo algo que realmente no contaba con oír jamás de mis labios— varía el tono de voz y me obliga a repetírselo (al fondo, en su reino de Ofelia de las algas marinas, sé que la náyade muerta, el agente provocador, sí contaba con que hoy yo diría eso: me anunció hace meses la fecha aproximada, la persona, casi las palabras mismas). Hoy empiezo a vivir, dividido mi ser, entre la tragedia recién terminada y el melodrama sentimental recién iniciado, entre *El idiota* y *An affair to remember*. Las espadas, rápidamente en alto, empiezan a cruzarse de nuevo con el mismo sonido cristalino y desnudo del metal de antaño: es el envés del verso de Neruda (y luego de Jaime Gil de Biedma) «Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos»: hablamos como en 1969, pero con nuestro ser de ahora, subsumido en el de entonces.

C. no se arrepiente de nada: *non, je ne regrette rien*. Me cuenta sus amores lésbicos, posteriores al momento en que nuestras vidas se bifurcaron; me habla de su primer matrimonio (apenas del segundo, el actual: «Hoy por hoy» es la frase más frecuente en sus labios, junto con un silabeado «No te obsesiones conmigo»). Pero, manifiestamente, sus palabras son una cosa, su actitud y conducta otra, y



todavía otra muy distinta el tono de su voz, y, sobre todo, sus ojos desmienten a veces sus palabras. (Así en Cernuda: «Tus ojos son los ojos de un hombre enamorado. / Tus labios son los labios de un hombre que no cree / En el amor.») No ha tardado en recuperar el hábito, no digo ya de la coquetería, sino del erotismo intelectual, nuestro verdadero territorio. Ping-pong.

Lo dicho ha quedado ahí, como un puño de luz bajo una escafandra en una cueva submarina: C. no volverá hoy sobre ello, pues su mente lo ha recogido —al modo del florete que para a tiempo una finta o estocada—, y, aunque semanas más tarde me dirá que ha pensado que estoy loco, necesita procesar el dato, gestionar la situación, quizá vernos en un espejo cóncavo como los que deforman la imagen espectralizada de Orson Welles antes de que empiece el «fracaso de cristales» del tiroteo final de *The lady from Shanghai*. No nos damos un instante de respiro, pero no hay cansancio en nuestros ojos ni en nuestras voces: sin probar ni una gota de la escasa consumición, hablamos y hablamos. No a torrentes ni a borbotones, no: destilando las palabras como artesanos de alta licorería, o haciéndolas esponjarse y destellar como vidrieros de Murano. Cada palabra, bruñida, es a la vez una obra de arte y un objeto erótico inmaterial. Quizá por eso ella exclama: «¡Qué fríos somos!» y yo le respondo: «Sí. Por eso nos entendemos tan bien.» Es, manifiestamente, sólo media verdad: la verdad relativa a nuestra mente analítica y a nuestra vocación de orfebres de la palabra, no la relacionada con nuestra emotividad, profundamente sacudida por esta inmersión que —como al muchacho rubio que desciende al fondo del pozo en *Moonfleet*, de Fritz Lang, en busca de un anillo de piedras preciosas— nos devuelve a ser nuevamente los que éramos.

Estamos sentados muy cerca uno del otro en el sofá, pero no nos rozamos: únicamente en un par de ocasiones fugaces esbozo muy rápidamente algo parecido a una cari-

cia pasajera a su cintura a través del abrigo, cuando le digo qué admirable me parece lo que, al cabo de los años, ella ha hecho consigo misma. Por primera y única vez, me confiesa: «No me ha ido muy bien en la vida», y, no por única vez, el adjetivo «loca» aparece en sus labios, para describir la forma en que cree ser vista por los demás, empezando por P., su actual pareja. C. nunca ha sido, a mis ojos, una loca: otros la habrán querido a pesar de los rasgos de su carácter que ellos juzgaban defectos, yo la quise en 1969 y la quiero hoy precisamente a causa de estos rasgos. *Elle a les qualités de ses défauts.*

Bien sé que he caído de pronto en su vida como un paracaidista, al modo de los voluntarios de la *Free France* lanzados sobre suelo francés desde aviones británicos en las jornadas del desembarco de Normandía: *les parachutés*. Para el que cae en paracaídas, la sorpresa es a un tiempo el mejor aliado y el principal obstáculo: debe abrirse paso entre «limbos y lianas» —como el título que Baudelaire quiso en cierto momento dar a *Las flores del mal*— para llegar tal vez a una casa iluminada que pueda aceptar su presencia, del mismo modo que la idea de mi irrupción necesita abrirse camino en la cabecita rubia de C., que ha vivido siempre en el mundo de la táctica y la estrategia amatorias, pero a la que esta vez he sorprendido en parte (a mi pregunta «¿Te esperabas esto?» responde sólo: «Regular»), y que, como todos nosotros, se ha ido tejiendo con el tiempo una red de múltiples quehaceres a la vez fútiles (en sí mismos) e indispensables para su supervivencia moral, para alejar de su vida el *horror vacui*. Pero las palabras no cesan, y no dejamos de mirarnos a los ojos: bebemos nuestras palabras, devoramos nuestras miradas, vivimos de la imagen y la idea ininterrumpidamente. C. tiene hoy una forma de verbalizar esto: «Estoy bien contigo, me encuentro a gusto contigo, me siento bien contigo.» Primer *round*: el gong es el reloj de péndulo que dará pronto la hora que ella misma ha fijado para separarnos hoy; nos volveremos a ver, convenimos,

dentro de dos meses, que ambos fingimos creer que son tres, acogiéndonos a los pocos días que quedan del mes actual a modo de pretexto. Puedo acompañar a C. hasta la calle, pero luego ella desea caminar un rato a solas por este barrio que fue el suyo, que era el suyo en 1969: la veo alejarse como en cámara lenta, pisando firme siempre, rubia y casi sonambúlica, al modo de la Robin Vote a la que Djuna Barnes describe aparentemente *distracted* a su llegada a Nueva York en el capítulo final de *Nightwood*.

Al día siguiente estoy leyendo a Barbey d'Aureville; cierro de pronto el libro y me pongo a redactar un ensayo sobre Benvenuto Cellini y Salvador Dalí que debía entregar dentro de cuarenta días, y que en cambio redacto en pocas horas. Es la obra de mi reencuentro con C. ¿Por qué galerías los que fuimos en 1969 se han posesionado de los que somos hoy? No es un espejismo: los espejismos se desvanecen, y no resisten a un tête-à-tête de tres horas y cuarto en tensión vigilante y lúcida. Otra cosa es lo ambiguo de la situación: C. no se ha atrincherado, pero cabe la posibilidad de que quiera persuadirse momentáneamente a sí misma de que yo podría tal vez, a fin de cuentas, aceptar, como Jaufré Rudel respecto a la condesa de Trípoli, un *amor de lonh*, pero en esta ocasión referido a una dama que sí he visto y sí ha sido mía (como en la carta de Mercè Rodoreda: «I hauré de viure d'engrunes, jo, que ho he tingut tot!» [«¡Y tendré que vivir de migajas, yo, que lo he tenido todo!»]) Pero tenemos una cita pendiente, y aún creo, o aún puedo creer si así lo prefiero, que se trata de una obsesión, no de amor. Cuando, más tarde, ante el texto ya tecleado en ordenador sobre Cellini y Dalí, me quede diez minutos mirando la dedicatoria «Para C.», comprenderé que he vuelto a enamorarme. Ella, en el bar del hotel *old fashion*, a mi pregunta «¿Estoy enamorado de ti?» ha respondido: «Ni estabas enamorado de mí entonces ni lo estás ahora.» «Pero nos queremos.» «Eso sí.» Tal vez ninguno de los dos creía que esas palabras fueran verídicas: a los dos, sin du-

da, nos parecieron brillantes y, por lo tanto, dignas de ser dichas. Ahora recuerdo (son, curiosamente, sus poemas breves los que me gustan) nuevamente a Machado: «Creí mi hogar apagado / y revolví la ceniza... / Me quemé la mano.» Pero hay algo cerca de mí, algo que soy yo, que dice aún más, como en el poema de Valéry: *Mais qui pleure, / Si proche de moi-même au moment de pleurer?*

II

No han pasado dos meses, ni uno siquiera: han pasado, para ser exactos, veintiséis días. La dedicatoria debe ser negociada: ¿puede ella aceptarla? ¿En qué forma: nombre real y apellido, la inicial C., esta inicial más la del apellido? A todo evento, llamo a C. a su casa por la noche; primero, comunica; luego, se pone al teléfono, resulta estar sola y hablamos durante una hora y cincuenta minutos. Ahora vuelve ya a ser enteramente ella misma, la que hablaba conmigo por teléfono en las noches de 1969: vuelve incluso a lo más característico de entonces, aquella pausa silenciosa seguida luego del inimitable tintineo erótico del monosílabo «¿Qué?», de verdadera artista de la voz insinuante. Mis dos actuales libros de cabecera —Barbey d'Aureville todavía, más *Absolute friends*, de John le Carré— quedan inmediatamente fulminados por esta voz. Al principio, piensa en plantearme batalla: «Me pides un imposible.» «No: es materialmente posible.» «Me pones entre la espada y la pared.» Nuevamente la esgrima, nuevamente el ping-pong. Pero a pocas cosas estoy tan avezado como a lidiar por teléfono de noche con esta voz. Poco a poco —o, en realidad, quizá con la rapidez esperable— esta voz empieza a decir otras cosas: «Tú y yo no podemos hablar de otro modo que del que hablamos», «Tú y yo no podemos hablar de otras cosas que de las que hablamos», «No quiero que sufras.» Respondo: «Es inevitable que sufra yo y que te angusties tú: cada uno debe pensar si lo que el otro le aporta compensa esto.» C.: «No quiero cambiar de situación.» Yo: «No puedes decirme hoy otra cosa, pero ¿estás segura de que vernos y hablarnos no generará una dinámica en nuestro interior?» C.: «No lo sé.» Yo: «No somos estáticos: ¿sabes lo que será tu vida dentro de dos años?» C.: «¿Por qué dos años, por qué este plazo?» Yo: «Lo he puesto al azar, como podría decir un año o tres.» C.: «No, no sé lo que será mi vida dentro de dos años.» La conversación culebrea; ella me dice: «No quiero hacer daño a P.» Yo: «Aún no me has dicho ni una sola vez que estés enamorada

de él.» C.: «Eso no tengo por qué decírtelo.» Convenimos una cita para la semana siguiente, y ella me hace notar: «Esto es un extra.» Por el derrumbadero de la luz, se está desplomando todavía incesantemente ante mis ojos ateridos la náyade muerta; me aferro a la voz de C., no a modo de *ersatz*, sino porque con ella he vuelto al año 1969, a vivir en la copa de oro de la Barcelona de 1969, la ciudad de los que queríamos ser personajes del San Petersburgo o el Moscú de Tolstoi. Ahora, en esta noche de invierno, solo ante la negrura con esta voz que repiquetea, me siento más bien un personaje de Dostoievski. Lo inmediato, en C. y en mí, es el impulso de convertirnos, mediante las palabras, en personajes de novela.

Como en el poema de Pedro Salinas: «Amor, amor, catástrofe. / ¡Qué hundimiento del mundo!» Nos habíamos despedido por teléfono de la forma más melosa y seductora: ella, arrastrando la vocal intermedia: «Hasta el jueeves.» Yo: «¡Qué bien lo sabes decir, y qué bien lo has dicho!» Ella: «¡Veenga!» El miércoles llego más tarde de lo habitual a mi despacho y me encuentro una nota sobre la mesa: C. ha llamado para anular la cita de mañana. Llamo a su casa: ha salido, me dice la asistenta, y no comerá ahí. Me queda esperar a la noche: la llamo inútilmente hasta las dos y media de la madrugada. Al día siguiente, la llamo al mediodía. Sigue sola (P. está de viaje) y hablamos dos horas por teléfono. *Brief encounter*: lo esencial que quería decirme era que debemos dejar de vernos, porque más doloroso resultará todo cuanto más nos veamos: «Ya la hemos jodido.» Yo: «¿Lo dices por mí o por los dos?» C.: «Lo digo por los dos, por uno solo no lo diría, *però ja ens en sortirem, no et capfiquis, no t'empatollis*. Si te pones manos a la obra, me olvidas.» Yo: «No.» C.: «Pues dedícate a los señores, que también son una buena opción.» Yo: «Eso me interesó en mi adolescencia, estuvieron a punto de expulsarme del colegio, me queda demasiado lejos ya.» C.: «Sólo te puedo prometer que si un día cambia mi vida te llamaré.» Yo: «¿Te